

EL TÓNICO DEL SALTAMONTES

Palabra clave: Estabilidad

Un día, una linda mariquita estaba sentada sobre un capullo de rosa que crecía en un jardín. Era un jardín que tenía muchos árboles adorables, hermosas flores y suaves hojas verdes. La mariquita se veía muy elegante con su capa roja, y mientras mordisqueaba delicadamente su desayuno, ¿a quién creen que vio cerca de ella? ¡A un gran saltamontes!

—Buenos días, señor Saltamontes —lo saludó alegremente.

Y entonces vio que el saltamontes no estaba haciendo grandes saltos ni volando por el aire como solía hacerlo. Algo debía andar mal. ¿Qué podía ser? Pues estaba cojeando con una muleta, y avanzaba muy lentamente. Tenía la cabeza envuelta con un trozo de franela roja, y se veía, ¡oh, tan pálido y verdoso! La mariquita supo que algo terrible debía haber sucedido.

—¡Vaya, señor Saltamontes! —dijo la mariquita con tono de preocupación—. ¿Se siente enfermo?

El saltamontes la miró, y tenía grandes lágrimas en los ojos mientras le contaba cómo se había olvidado de ponerse el gorro para dormir la noche anterior y así había cogido un terrible resfriado cuando la niebla entró desde el mar. Ahora tenía un fuerte dolor de cabeza, y tenía que estornudar cada pocos minutos, y en general se sentía muy mal de verdad.

—¿Por qué usa una muleta? —preguntó la mariquita—. ¿Se ha roto el saltador?

Se refería a su pierna, por supuesto, pero como no se consideraba educado decir "pierna", dijo "saltador" en su lugar. Era una mariquita muy bien educada, que había asistido a la Escuela Maternal del señor y la señora Escarabajo bajo la vid, donde todas las mariquitas, las hormigas, los escarabajos y otros animalitos aprendían buenos modales.

—Me dio reumatismo —sollozó el saltamontes—, y es una cosa bastante seria.

Y así era, porque la pierna de un saltamontes es una parte muy importante de él, lo que significaba, por supuesto, que tendría un dolor muy grande. Así que no era de extrañar que el pobre saltamontes gimiera y se sintiera tan mal, y además había perdido el apetito.

—Lo siento mucho por usted —dijo la mariquita—. Creo que si tuviera un poco de estabilidad, pronto estaría bien.

Pero el saltamontes no sabía qué clase de cosa era la "estabilidad", y no estaba seguro de que supiera muy bien, así que simplemente se sentó y lloró.

La mariquita sintió aún más pena por él. Se quitó su pequeña capa roja y se la puso alrededor para mantenerlo caliente, y le dijo que se animara. Luego voló a casa del Doctor Abeja Ocupada. El Doctor estaba desayunando miel, pero tan pronto como oyó la situación del saltamontes, se puso el sombrero, tomó su pequeño maletín negro y vino de inmediato.

Encontró al saltamontes apoyado contra un rosal para sostenerse.

—Saque la lengua —dijo el Doctor Abeja Ocupada.

El saltamontes abrió la boca un poquito y mostró la punta de la lengua.

—Abra bien la boca —dijo el doctor—, y saque la lengua todo lo que pueda.

El saltamontes lo hizo, ¡y vaya, qué lengua tan grande tenía!

—Hum —dijo el Doctor Abeja Ocupada—, lo que usted necesita es una buena dosis de estabilidad.

—Eso es lo que dijo la mariquita —gimió el saltamontes—. ¿Sabrá muy mal?

—Y ahora, ¿qué pasa con su pierna? —dijo el Doctor Abeja Ocupada, sin prestar atención a la pregunta del saltamontes y tomando la pierna para examinarla.

—¡Ay! —chilló el saltamontes—, ¡eso duele!

—Consiga un poco de estabilidad —dijo el doctor—, y pronto lo curará.

—¿Cómo puedo conseguirla? —preguntó el saltamontes débilmente.

—Le daré una receta —respondió el Doctor Abeja Ocupada, y abrió su pequeño maletín negro, sacó un poco de papel y escribió algo en él con un lápiz. Entregándosela al saltamontes, el doctor le dijo que debía ir con la mariquita a la Escuela Maternal bajo la vid y entregar el papel al señor o a la señora Escarabajo. Luego voló a su casa a terminar su desayuno de miel.

—Venga, le mostraré el camino —dijo la mariquita, y ayudó al saltamontes a levantarse.

Cuando llegaron a la Escuela Maternal y le dieron a la señora Escarabajo la receta del doctor, ella la leyó y luego se la dio al señor Escarabajo, que se veía muy severo.

—Nunca es demasiado tarde para enmendarse —dijo.

Y puso al saltamontes en una clase junto con varios pequeños insectos, hormigas y otros jóvenes insectos para aprender una canción con estas palabras: "Cada día de cada manera, todos debemos amarnos unos a otros". ¡Vaya, qué grande era el saltamontes comparado con los demás! Pero verán, él no había aprendido su lección cuando era un saltamontes pequeño, y por eso debía aprenderla ahora. ¿Y saben qué? Ese fue el tónico que lo curó: simplemente aprender a amar a las personas. Eso era lo que la mariquita y el Doctor Abeja Ocupada querían decir cuando le dijeron que necesitaba estabilidad, porque cuando amas a los demás, siempre se puede contar contigo para hacer lo correcto, y eso es la estabilidad.

Cuando el saltamontes aprendió a amar a las personas, se volvió saludable, feliz y sabio, y se le pasó el reumatismo. Luego tiró su muleta, y podía saltar mucho más lejos que antes, tan alto que apenas se le podía ver.

Y lo mejor de todo es que cualquiera que aprende a amar a todos puede recuperarse de una enfermedad y se volverá saludable, feliz y sabio también.